

## Cuba primitiva. Las razas indias

Fernando ORTIZ<sup>1</sup>

Digitalización: Boris Rodríguez

Las viejas historias solían iniciarse diciendo que Cristóbal y los españoles fueron quienes primero descubrieron la isla, el 27 de octubre de 1497, hallándola poblada de indios. Pero esto es incierto. Ya la isla de Cuba había sido descubierta varias veces y poblada desde siglos anteriores por unos aventureros que en rústicas canoas, sin carabelas, brújulas ni astrolabios, habían llegado a este país en sucesivas oleadas transmigratorias. Los españoles no descubrieron las Antillas, como los portugueses hicieron con las islas Azores, las de Madera y las de Cabo Verde, encontrándolas sin seres humanos que las habitaran, ocupándolas sin oposición e incorporándolas a la humanidad. Cuando Colón y los castellanos llegaron a este archipiélago lo hallaron ya poblado. Otros habían sido los verdaderos descubridores. Creyendo erróneamente los españoles que estas islas no eran sino el extremo oriental de las Indias clásicas, abordadas por el Oeste, las denominaron *Indias Occidentales* y a sus habitantes los llamaron *indios*. Pero éstos no eran hijos de la India. Los seres humanos que aquí habitaban ya antes de que llegaran los europeos, no eran indios ni siquiera constituían un solo grupo homogéneo, sino varios, separados por historias, lenguajes, culturas y economías distintas que ya los dividían socialmente en dominaciones y clases superpuestas. Cuba, como el resto

de las Antillas, fue descubierta y poblada originalmente por diversos grupos humanos llegados desde las vecinas costas continentales. Se ha opinado que la época pre-histórica de la humanidad en América abarca desde el año 12,000 al 6,000 anteriores a nuestra era vulgar. Puede, pues, decirse que la ocupación humana de Cuba se pierde en la tan socorrida “noche de los tiempos”. Es probable que los primeros cubanos se establecieran en esta isla mucho antes de que en Egipto se alzaran las pirámides y la Esfinge.

La población *arcaica* de las Antillas corresponde a los estratos primeros de los indios continentales de América. No se sabe por dónde aquella penetró en el Archipiélago, pues en todas sus islas se han hallado restos arqueológicos e históricos de esa raza de proto-antillanos, marcadamente distinta de las otras dos corrientes posteriores de indoamericanos.

No hay tampoco una opinión segura acerca de la proveniencia de la primera inmigración humana en Cuba, sí fue desde el Nono, saliendo de la Semiamérica septentrional y los cayeríos que desde cerca de la Florida inician el inmenso arco de las Antillas; o sí los proto-cubanos vinieron desde la Semiamérica meridional, fluyendo como las aguas fluían desde las cuencas del río Orinoco, del Magdalena y del Amazonas hacia el Norte, pasando de Tierra Firme a las inmediatas islas

<sup>1</sup>Antropólogo cubano (1881-1969).

Nota del Editor: este artículo fue originalmente publicado en 1937 en los Cuadernos de Historia Habanera, no. 10. Curso de introducción de historia de Cuba I. pp33 – 45. Se ha respetado la ortografía original.

Antillas y de allí, peña tras peña, hasta la más occidental y mayor de todas ellas, que es Cuba. Hay argumentos para sostener una y otra hipótesis. De todos modos, carece de base científica la existencia de un *homo cubensis*, que es meramente imaginario, y puede darse por aceptable que por las Antillas, y especialmente en Cuba, se han dado inmigraciones desde el Norte hacia el Sur y viceversa. En cuanto a la corriente que partió de los pueblos australes, no cabe duda; todas las estirpes indias halladas en Cuba en los años de la conquista colombina, parecen haber llegado de tierras del Sur, aun las gentes más atrasadas, las cuales llegaron a invadir la Florida y las regiones ultra-floridananas. En cuanto a la corriente inversa, hay dudas de si fue una real invasión la venida a las Antillas de los aborígenes norteamericanos, o si sólo fué un contacto entre pueblos de una misma raza.

Cuando el descubrimiento por los castellanos, las Antillas estaban ocupadas por tres grandes masas de población, según puede verse de los primeros cronistas de Indias y de los recientes estudios arqueológicos, o sean los *caribes*, los *aruacas* y los *arcaicos*, los cuales recibían distintos nombres según las islas. En esa época todo el archipiélago antillano era teatro de una gran tragedia histórica caracterizada por el entrecruce de distintas civilizaciones que combatían con éxito vario por su predominio territorial. Es posible que la población arcaica, la primera de las Antillas, se iniciara desde la costa de la Florida, pasando por las Bahamas y sus islotes hasta los cayeros de Cuba, y que paulatinamente se fueran corriendo los indios de isla a isla hacia el Sur; pero bien pudo ocurrir que la población humana penetrara en el archipiélago desde las costas septentrionales de la América meridional, pues tal fue la dirección de las inmigraciones indias que se conocen y de las corrientes marinas que las favorecieron. Hasta ahora parece que debe ser excluida la certeza, que algunos han supuesto, de una inmigración salida de las costas mexicanas y de Yucatán, no obstante su proximidad a Cuba, pues se carece de los elementos arqueológicos indispensables para dar por probadas en las Antillas, ni siquiera en las más próximas al continente, las influencias étnicas y naturales de los pueblos maya-quiché que dieron tanto carácter a la

civilización del Yucatán y de las regiones aledañas. Aun cuando en la cultura arcaica de los antillanos pueden hallarse analogías con la coetánea continental, nada prueba la identidad étnica de sus elementos.

Cuando el descubrimiento por los castellanos, el núcleo indio de menor cultura formaba la capa inferior de la estratificación social y estaba dominado por los otros dos grupos superiores y ulteriores, salvo en la isla de Pinos, en la parte occidental de Cuba y en los cayeros próximos a ésta y a la Florida, en cuyas islas aun eran dominantes, según se observa por los restos arqueológicos de los *conchales*, *enterrorios* y paraderos prehistóricos. Debieron de ser los primeros pobladores de las Antillas. Los conquistadores les dieron nombres diversos: *cayos*, *lucayos*, o *yucayos* en las islas próximas a Cuba; *timukúas* y *tekestas* en las tierras floridananas, etc.

Eran iguales a éstos en cultura los *guanacabibes* de Cuba, que dieron su nombre a la península occidental cubana, y los indios pineros. Probablemente pertenecían al mismo núcleo étnico de los indios llamados *ciboneyes* de Cuba, los pobladores de la sierra del Cibao en la isla de Haití o *Quisqueya*, como la llamaron los indígenas precolombinos, y los aborígenes de *Borínquen* o Puerto Rico. Esta cultura protoantillana era aun paleolítica, en el sentido que a este vocablo debe darse en América, cronológicamente distinto al de Europa. No tenían metales, ni cerámica. De su moblaje y utensilios poco queda, por haber sido, salvo algunas piedras rústicas, preferentemente de madera y substancias animales, y, por tanto, muy perecederas. Aprovechaban mucho las conchas marinas, que en estos mares abundan (*Strombus gigans*, *tritón nodiferus* y *cassistuberosus*) sacando de ellas, utensilios y adornos, hasta elementos arquitectónicos, típicos de su cultura. Vivieron de la caza y sobre todo de la pesca, en la que fueron habilísimos en sus canoas; pero no fueron agricultores.

El *ciboney* moraba en las cavernas, siendo probable que su denominación de *ciboney* así lo indicara y sea de la misma raíz del nombre de Cuba, que los *tainos*, desde Haití, daban a la montañosa parte oriental de nuestra isla. Uno y otro vocablo parecen provenir de la voz *ciba*, que significa “Piedra, montaña, cueva” y de la cual

quedan vivas en las Antillas muchas voces derivadas y aun en uso por el lenguaje vernáculo como *Cibao*, *Seboruco*, *Sigua*, *Siguanea*, *Cibucán*, etc.

Los indios arcaicos también habitaron chozas rudimentarias de esas que se llamaron *bajareques* por los castellanos conquistadores, y acaso, casas palafíticas o *barbacoas*. Poco se sabe de su lenguaje, distinto de los hablados por los otros indios antillanos; ni de su estructura social, probablemente en el patriarcado.

Con los indios llamados *ciboneyes* por los cronistas de Indias, había otros, los *Cayos* y los *Guanajabibes*, citados también por aquéllos, cuya filiación no está bien definida.

De los indios *Cayos*, a que se refieren algunos historiadores como habitantes de los cayeríos de los Jardines de la Reina, poco se sabe, y es de suponer que su nombre les viniera de su localización geográfica y no de su distinción étnica o social.

De los *guanajabibes* sí tratan los cronistas y pobladores, usando ese nombre con muy varia ortografía, como de los indios que habitaban en la parte más occidental de Cuba, Es posible que estos mismos habitaran también la parte de los cayeríos inmediatos y quizás la Isla de Pinos, No puede asegurarse si eran o nó los mismos *ciboneyes* o indios distintos, aunque sí eran de análoga cultura.

De los *guanahacabibes* y decía el P. Bartolomé de las Casas: “son como salvajes que en ninguna cosa tratan con los de la isla, ni tienen casas sino están en cuevas contino sino en quando salen a pasear”. Y Diego Velázquez en 1514 dijo de aquellos indios en una carta al rey Fernando el Católico: “estos últimos, que son los postreros, son manada de salvajes: no tienen casa, asiento, ni pueblos, ni labranzas; no comen sino tortugas, pescado y algunas salvaginas que toman por los montes”.

El propio nombre de *guanajabibes*, por sus raíces» idiomáticas parece aludir a su vida “salvaje”, es decir, en la selva, en los bosques o montes de la abrupta Pinar del Río y en los manglares costeros.

Otro apelativo de indios sonó en la época del poblamiento, el de indios *guatiaos*. Pero éste no era un nombre gentilicio, sino un adjetivo que

significaba “bueno” o “amigo”; y no fue vocablo cubano, sino indohispánico para expresar que el indio era “manso” o sometido, y, para la legislación indiana, que “no era redimible a servidumbre”.

La época ciboney de Cuba ha debido de ser la más prolongada de su historia; duró varios siglos. Cuba *ciboney* fue invadida por otro pueblo indio de cultura superior, el de los *aruacas* o sean los *taínos* de Haití.

Se cree que la invasión de los *taínos* en Cuba no fue mucho tiempo anterior a la española. Las Casas creyó que ocurrió solamente unos cincuenta años antes, pero debió suceder más atrás en el tiempo, a juzgar por la abundancia de asientos taínos que se han hallado y por otras consideraciones técnicas de la cerámica. En cambio, Brinton opinó que los aruacas arribaron a Cuba entre los años 500 y 1000 de la Era Cristiana, o sea de cinco a diez siglos antes que los castellanos. El asentamiento *taíno* en Cuba ocurrió probablemente al menos un par de siglos antes del descubrimiento colombino, allá por el siglo XIII de la era cristiana.

Los invasores, no sabemos si en son de guerra o de paz, se posesionaron de toda la región oriental de Cuba, asentándose en ella y por la comarca de Camagüey. A partir de esta región hacia occidente, ya no se encuentran paraderos taínos, neolíticos, marcados por su característica cerámica; desaparece, con ellos, todo resto de alfarería; hacia el poniente sólo se hallan los conchales, enterrorios, cavernas, palafitos, restos paleolíticos y paraderos de la época pretaína.

Ocasionalmente se han hallado por las comarcas de Vueltabajo, algunas hachas amigdaliformes, de tipicidad taina, pero se tiene noticia de un solo paradero con tiestos de cerámica. Ello prueba que hubo incursiones *taínas* hasta Vueltabajo, anteriores a la invasión castellana o, más bien, posteriores a la misma, y prueba también la ausencia de su arraigo en las tierras de *guanahabibes*.

Hoy día los indios cubanos suelen dividirse en *ciboneyes* y *taínos*, fijando en ambos vocablos el concepto de dos pueblos, dominados y dominadores, correspondientes a las dos culturas que aparecían superpuestas; la *paleolítica* de los *ciboneyes* y la *neolítica* de los *taínos*.

Los *taínos* eran de cultura superior a los cavernícolas, llegando a serles características las piedras de serpentina, maravillosamente simétricas y pulimentadas en forma de almendras, como hachas ceremoniales. Fueron guerreros, y sus armas usuales, la maza pétreo, la *macana* o especie de espada corta hecha de palma *cana*, el arco flexible de igual madera y las flechas, que hacían de güines con puntas endurecidas o de espinas de pescados.

Los indios *taínos* se agrupaban socialmente bajo la autoridad de un cacique o *cacica*. Debieron tener familia algo compleja en su organización, con rasgos matriarcales. La mujer era encargada de la prole, de la cocina (ajiaco u olla podrida), de la siembra y cosecha de la yuca, de la industria de su harina o casabe y de su pan o *chaochao*. También a las mujeres debían corresponder los trabajos de la alfarería, ya algo ornamentada con incisiones y modelados de motivos sacros; los tejidos de algodón para las camas colgaduras o *jamacas*, los vestidos o *naguas*; y los tejidos de otras fibras para las cestas que los españoles llamaron *jabas* o *jabucos*, y quizás también para los cordajes o *cabuyas* de sus redes de pesca y ataduras. El hombre fabricaba las habitaciones, hacía las tumbas y fogueros para los cultivos, construía las canoas y las armas, cazaba, pescaba, guerrea, y, como *behique*, era hechicero, adivino, médico y sacerdote.

De su religión se sabe que era animista, con expresiones antropomórficas basadas en cosmogonías y mitos referidos a los entes sidéreos y meteorices, con las prácticas espirituales y rituales propias de ese nivel de cultura, en que la religión interviene en todos los actos de la vida humana.

Tenían los *taínos* algunos instrumentos musicales, danzas y cantos llamados *areitos* en los que se narraban las gestas de los antepasados. Nada nos ha llegado de su arte musical, todo revestido de carácter religioso y ritualístico, encaminado a estimular la fecundidad mujeril y la agraria. Entre esos ritos agro – sexuales estaban los llamados *bates*, a modo de juegos de pelota, que se efectuaban en los *bateyes* o recintos adecuados para esos juegos míticos.

Iban generalmente desnudos, pero con ciertos indumentos de pluma, de mágicos simbolismos.

Las mujeres casadas usaban unas *naguas* de algodón que las cubrían desde la cintura hasta cerca de la rodilla. Para defenderse del sol, de los vientos y de los mosquitos, se engrasaban y pintaban el cuerpo de rojo (con bija) y de negro (con carbón o *jagua*), marcándose dibujos de emblemático sentido mágico.

Su alimentación se basaba en la caza de los pocos mamíferos coterráneos; en la pesca, en la que eran expertísimos; en los frutos silvestres de las plantas, y también, en la agricultura. En ésta lograron hacer desmontes y plantaciones periódicas, principalmente para el cultivo de la yuca (*jatrocha maniot*), cuyas raíces sembraban ritualmente en montículos cónicos o *conucos* con el auxilio de un palo puntiagudo llamado *coa*. Su agricultura, sembrando los tallos o cangres de la *yucabía* o planta de la *yuca*, en montones, era según Reynoso, la más científicamente perfecta, dados sus medios rudimentarios.

Los indios también cultivaban el *maíz* mediante su siembra en serie de plantas cuyas semillas enterraban en un hoyo abierto a mano mediante la *coa*.

Otro cultivo tenían los *taínos*, uno de los que tuvieron más trascendencia histórica para los blancos advenedizos: el del *tabaco*. Su cultivo no se efectuaba en la forma regular y sistemática de los yucales, sino por plantas aisladas o agrupadas en ciertos sitios junto a los bohíos.

Fue en Cuba donde por primera vez los europeos descubrieron el tabaco, en los primeros días de noviembre de 1492.

Los *taínos* cubanos hacían mucho uso del tabaco en sus magias y en su medicina. Lo absorbían como *cojiba* o *cojioba*, en forma de polvo, que aspiraban por las narices con un habito bifurcado; lo fumaban mediante la aspiración, por la boca, del humo de las hojas enrolladas, tal como hoy se estila en el *cigarro puro*, que los indios llamaron, como aun hoy se dice en Cuba, *tabaco*. Aparte de ese aparato bifurco, que bien pudiera llamarse *pipa nasal*, no usaban otra clase de pipa como las muy comunes entre los indios de Norteamérica.

También los *taínos* practicaron la industria agraria necesaria para aprovechar la venenosa yuca, sometiendo la masa de esta raíz a varios procesos de rayado, prensa, destilación, amasado

y cocción con utensilios muy ingeniosos por lo eficaces, aún cuando rudimentarios. De la simplísima palanca empleada para la extracción del jugo tóxico de la yuca se derivó la *cuyaya*, con que los españoles extrajeron en las Antillas el jugo de la caña de azúcar que ellos importaron de Canarias. Los taínos trabajaron algo el oro, a percusión, pues no lo fundían, no conociendo los otros metales. Se iniciaron en el tejido de algodón y de ciertas fibras vegetales, con las que fabricaban *enaguas* y *hamacas*, cestas, *cibucanes* y otros utensilios. La *hamaca* fue descubierta por los españoles en Cuba, llamándola “cama de redes”. Los taínos tuvieron cerámica, aunque poco variada; hicieron mobiliario algo más complejo, como *dujos* o asientos ceremoniales; construyeron un tipo de casa de elementos vegetales, con base circular u oblonga, llamada *caney* y quizás otra cuadrilátera o *bohío*. Esta dualidad de tipos arquitectónicos no está asegurada; de todos modos parece indicar dos influjos étnicos y dos culturas distintas que deben ser estudiadas.

Tuvieron los taínos un arte peculiar, no sólo manifestado en la preparación de sus ídolos y en la decoración de su cerámica y mobiliario, sino en las hachas de serpentina, insuperablemente pulidas y amigdaliformes, y aun en ciertos objetos rituales, característicos de la cultura borinqueña —que fue la más refinada—, como los llamados “collares de piedra” y los “Ídolos de tres puntas”.

De los caracteres corporales de los taínos apenas queda otra cosa que los datos poco precisos de los cronistas indios y los que pueden obtenerse de la etnografía comparada. Su talla era regular, pero más baja en los taínos que en los lucayos y ciboneyes. Su cara presentaba la frente ancha, los pómulos poco pronunciados, la nariz achatada, la boca grande, los ojos bridados, en fin, los rasgos fisonómicos del mongoloide. Su tez era del color “la carne del membrillo cocho” como dijo un cronista, o del color de los *guanaches* o indígenas de Tenerife, como observó Cristóbal Colón, que se hacía lenguas de la belleza de las muchachas indias.

Sin duda, los taínos reproducían el tipo mongoloide del indio americano. Los cronistas hablan de sus cabellos, gruesos, negrísimos, lacios o *flechudos* como en Cuba se ha dicho. Los taínos solían llevar los cabellos cortados, al revés de los

ciboneyes y de los caribes, que por lo común conservaban toda su cabellera.

Hasta hace pocos años fue corriente dar por característica del hombre caribe la deformación artificial del cráneo mediante el aplanamiento de la región frontal y de la occipital. Hoy ese exclusivismo no puede sostenerse, pues se sabe que muchos pueblos indios tenían esa costumbre, y entre éstos los mismos taínos.

De la moral y el carácter de los taínos se tienen muy diversos criterios y muy contradictorios, desde el punto de mira de los conquistadores que tenían una moral distinta y querían subyugarlos y justificar su dominación. “En saber, aunque sin letras, ninguna generación les aventaja”, decía Cristóbal Colón de esos taínos.

Ciertos datos y anécdotas de los descubridores y cronistas, la pronta desaparición del indio cubano en forma de no haber dejado agravio, su ausencia durante los últimos siglos, de modo que no ha creado problemas raciales ni sociales, la tendencia del enciclopedismo del siglo XVIII, que exaltó al indio hasta idealizarlo absurdamente, y la representación simbólica del cubano genuino, vencido y expoliado, con que fue revestido el indio ciboney durante las propagandas liberales y guerras separatistas de los cubanos del siglo XIX, y, en fin, un algo de espíritu nacionalista, en la más pueril de sus formas, han hecho que en Cuba se tenga de sus indios aborígenes un concepto erróneo, como de seres paradisiacos, ajenos a las pasiones y egoísmos propios de la humanidad en todas sus capas, y ajenos también a los modos de vida propios del salvajismo, cualquiera que sea la parte del mundo en que este se encuentre.

Otros contemporáneos de los indios, bien por fanáticos e intolerantes, o bien por expoliadores de aquéllos y mal avenidos con su insumisión, lucieron por denigrarlos. Teólogos hubo que discutieron si los indios eran personas con alma, como después, acaso por motivos parecidos, se sostuvo esa tesis inhumana respecto los negros esclavos por algún empecinado jerarca del protestantismo de los Estados Unidos.

Los cronistas convienen en que los indocubanos eran de suaves costumbres, no guerreros, dados a la vida fácil de los trópicos y de su economía suficiente. Por eso, y por no aceptar el some-



timiento a los trabajos de las minas ni a las granjerías de los pobladores en los tratos, labranzas e ingenios de azúcar, fueron acusados de indolencia. Y hasta, con el pretexto de las interpretaciones religiosas que los indios daban a ciertas degeneraciones teratológicas y económicas de la sexualidad, los infamaron con las más nefandas imprecaciones.

Es probable que así los *ciboneyes* como los *taínos* fueran de naturaleza algo debilitada por la molición monótona de una secular vida de quietud y por el mal de la sífilis que estuvo muy extendida, tanto que en estas Antillas la descubrieron, para su mal, Cristóbal Colón y los españoles, cuyos tercios intrépidos la extendieron pronto por Francia (*mal gálico*) y por Italia (*mal napolitano*). Esto aparte de otros factores climatéricos y de otras dolencias endémicas y de errores dietéticos que abaten la resistencia fisiológica de los pueblos. Los indios, por la escasez de mamíferos y por la índole de sus cultivos, no tenían acaso un buen régimen alimenticio; por el abuso del tabaco, del alcohol de yuca, acaso de la coca y otras estimulantes, debieron sufrir quebrantos disgénicos de consideración que los hicieron débiles orgánicamente, aun sin contar con la inferioridad de su cultura, para resistir la acometida de los blancos advenedizos, guerreros con armas de fuego y de acero, caballos, naves, escritura, vestimentas, y, en fin, con cultura y energías más vigorosas.

Hay que considerar, además, que en la depreciación del valor humano de los indocubanos hubo deseo de justificar el so juzgamiento, así como en el P. Las Casas y algunos frailes hubo el afán de su exaltación. Para los unos, aquéllos fueron bestiales; para otros fueron edénicos; digamos, simplemente, que eran unos “buenos salvajes”. Los cronistas eruditos los comparaban a veces los antiguos iberos de España de que trató el “Cronista” Strabón. Ello era atinado para los *ciboneyes*. A veces igualaban los indios con ciertos pueblos dominados por la arcaica Roma, considerando que no estaba lejos de su cultura la de los *taínos*.

Los *taínos* eran la más adelantada rama de los indios aruacas, que aun se encuentran en las Guayanas y la cuenca del Orinoco, conjuntamente con los caribes, sus tradicionales enemigos, aunque apartamiento racial entre ambos pueblos no sea muy grande, teniendo muchas afinidades cul-

turales, hasta lingüísticas, y una troncalidad étnica común.

Cuando llegaron los blancos a las Antillas, ya los indios caribes habían conquistado el arco de las Menores y luchaban con frecuencia con los *taínos* pobladores de Borinquen.

Los caribes no poblaron en Cuba, sin que sea inverosímil que alguna vez hayan navegado por sus costas y depredado a sus habitantes. Pero no se han hallado típicos restos arqueológicos que demuestren ningún asentamiento en el territorio cubano.

De que en Cuba hubo caribes, no cabe duda; pero más los hubo después de iniciarse la conquista, cuando al irse extinguiendo los indígenas se hizo por los castellanos la trata de indios esclavos y fueron traídos a las minas y a las otras granjerías de Cuba numerosos indios de la Costa Firme, entre los cuales los hubo caribes, así como *guajiros*, *jíbaros*, *macurijes*, *taironas*, *guanajos*, *campechanos*, etc.

Los caribes, próximos en raza y cultura a los *taínos*, no alcanzaron el refinamiento artístico de estos, y su lítica, su cerámica y su ornamentación, eran más rudimentarias; pero, sin embargo, se mantuvieron más guerreros.

La diferencia entre aruacas y caribes se quiso señalar desde los primeros tiempos de la conquista por los españoles, fijándose principalmente el carácter belicoso de los caribes en contraste con el apacible de los aruacas; pero ello quiere decir bien poco. Fewkes opinaba que ello era debido a la vida errante impuesta a los caribes por los volcanes, ciclones y demás condiciones del rudo ambiente meteórico de las Antillas menores que aquéllos poblaban; pero parece preferible deducir el indiscutible carácter enérgico de los indios caribes de simples factores sociales y económicos, del propio nivel de cultura y género de vida predatorio, basada su sustentación en la caza y en la pesca, y apenas salidos de las selvas y costas agrestes del Sur, pobladas de tribus errantes; mientras que los aruacas, particularmente los ya asentados en las grandes Antillas, habían logrado una vida arraigada, de agricultura sistemática, con siembra, cultivo, cosecha y provecho industrial, todo lo cual implicaba una diversa estructura social y unas costumbres menos beligerantes.

Hay que convenir también en que los indios aruacas de las grandes Antillas mostraron valentía heroica al resistirse a la conquista, y en que la ferocidad de las caribes fue exagerada adrede por los conquistadores con el propósito de justificar así la mortal esclavitud a que los sometieron, dándolos por antropófagos terribles (de allí la voz *caníbal*) y denominando *caribes* a todas las tribus de indios continentales que fueron reducidos a la servidumbre de las minas.

Se ha discutido si los indocubanos, *ciboneyes* y *taínos* mantuvieron contacto con los habitantes de las dos penínsulas entre las cuales penetra la isla de Cuba: la de la Florida y la de Yucatán.

Con la Florida sí tuvieron relación los indocubanos. Con los indios floridanos, los *calusas*, *timukúas*, y *tekestas*, comerciando los de Cuba antes y después de la conquista velazqueña. Hasta muy entrado el siglo XVIII vinieron floridanos a Cuba. Ya antes de Colón, los cubanos iban a la Florida en busca de la Fuente de la Juventud Eterna, del mito que tanto intrigó a los españoles y movió a Ponce de León a la conquista de aquella península norteamericana.

La cultura de los floridanos tiene íntimos contactos con la arcaica de Cuba y aun con ciertos elementos más progresados. Y se supone que de las Antillas se difundió su cultura hacia el Norte si bien no es de excluirse su intercambio en sentido inverso, particularmente entre los aborígenes.

No puede demostrarse que en los tiempos prehistóricos hayan existido emigraciones en nin-

gún sentido entre Cuba y sus islas adyacentes, y Yucatán, La mitología *Maya* habla de un *Votán* semidiós llegado por el mar desde donde sale el sol, y la fantasía de los conquistadores quiso creer que ese personaje mítico fué un indio de Cuba que en época prehistórica civilizó a los yucatecos. ¡Pura leyenda!

Hasta ahora parece que debe ser excluida la certeza de una inmigración hacia Cuba, salida de las costas mexicanas y de Yucatán, no obstante su proximidad, pues se carece de los elementos arqueológicos indispensables para dar por probada en las Antillas, ni siquiera en las mas próximas al continente, las influencias étnicas y naturales de los pueblos *maya – quitchés*.

Los indios fueron vencidos, pero no conquistados. A mediados del siglo XVI, las razas indias habían sido prácticamente exterminadas en Cuba, por la explotación económica a que se les quiso someter. Faltó la fuerza de trabajo necesaria para el laboreo de la tierra y de las minas en provecho de los invasores castellanos. Y en Cuba todo fué muerte, ruina y despoblación. Para sustituir al indio en la servidumbre fueron traídas las razas da África. Terminó la economía colectivista y agrícola de la yuca, complementada por la pesca; y comenzó la economía mercantilista del azúcar, complementada por la ganadería. Tras la rápida tragedia de la destrucción de los indios, comenzaba un drama de cuatro siglos: el de la destrucción de los negros.